

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
18 febrero
de 1937

Número 91

editado por el comité de defensa - región centro

“¡Hay que ganar la guerra!”

Pero no es lícito especular con esta consigna

Los políticos, a falta de ideas propias, procuran especular con las ajenas. Y está deseando que arraigue alguna en el pueblo para lanzarse sobre sus resultados, sin reparar si con ello ayudan o dificultan lo mismo que se trata de conseguir.

En estos momentos el pueblo madrileño acaba de entregarse con entusiasmo a la movilización general y a prepararse para batir definitivamente al enemigo, bajo el pensamiento unánime de «Hay que ganar la guerra, sobre todo». Y cuando de manera tan decidida cuaja una consigna en el alma popular, no es lícito ni revolucionario especular con esta frase para dividir al proletariado.

Existen en la retaguardia problemas de la envergadura de combatir todos los reductos fascistas que tratan de adherirse de forma solapada y falaz a la forma capitalista, aun cuando en apariencia se presente al pueblo con un carácter de nacionalización de los útiles de trabajo y la explotación de casi todas las industrias en forma estatal. Estos problemas afectan a los trabajadores, y cuando éstos discrepan de la voluntad de los que preconizan esta operación y se ven vencidos, ante los argumentos que se le presentan, de que es necesario socializar en beneficio del trabajador, se agarran a la consigna de «Compañero, por ahora, no hay más remedio que ganar la guerra y dejarse de otras actividades».

Esta actitud que se viene repitiendo con demasiada frecuencia es inoportuna y da motivo a la prostitución de la consigna misma que a todos nos une en los momentos actuales: de ganar la guerra! Y a esto no hay derecho, compañeros. Esto es especular con algo muy serio y muy respetable: con la conciencia popular.

Son frecuentes diálogos como éstos a tenor de ciertas reuniones que con motivo de la estructuración de las industrias y talleres incautados se vienen celebrando en Madrid por representaciones de ambas centrales sindicales. Todo va viento en popa, al parecer, y de estas reuniones se esperan fructíferas soluciones, pero a la hora de cristalizar en realidades, los enemigos de la socialización exponen argumentos como éstos: —Nosotros también vamos a la socialización, pero no es el momento. Esto podría acarrear tales y cuales compromisos de orden internacional. (Como si España no fuese libre para darse la forma económica que su propia voluntad establezca.)

Y cuando se le razona que está en un error y le faltan argumentos para continuar la defensa de su postura, sale con esta muletilla que ya nos va fastidiando:

—«Ahora, compañero, todos estos problemas hay que dejarlos a un lado, porque lo primero es ganar la guerra.»

En vano se esfuerzan los defensores de la socialización en exponer razonamientos como éstos:

Sin una economía de guerra, no se puede hacer una buena guerra. ¿Tienen todos los hombres útiles un arma en la mano para defender la causa en las trincheras? ¿Que es imposible esto? ¿Pues qué le toca hacer a los que en estas condiciones se encuentran? ¿Os parece a vosotros postura revolucionaria, que esperen en su casa a que el triunfo se produzca, para entonces comenzar a estructurar la economía futura? ¿Sería esto revolucionario en un trabajador consciente? ¿No sería precisamente un arma poderosa la que daríamos a ese enemigo exterior que tanto os preocupa, con la realidad de que no habíamos sabido prever los acontecimientos que habrían de derivarse de este movimiento revolucionario? Pues entonces, ¿a qué hablar de la guerra en el seno de estas reuniones, donde de momento sólo hay trabajadores que estiman una labor tan importante como la de los combatientes, ésta de regular el abastecimiento y la producción de cuanto está relacionado con la guerra misma?

Acaben de una vez estas actitudes confusionistas y llévense a las reuniones entre trabajadores, soluciones a tono con las exigencias de la vida. ¿No se van a tratar asuntos bélicos? Pues vamos a dejar a la puerta de las Secretarías las consignas y dejemos libres a los Sindicatos de la U. G. T. y de la C. N. T. para que discutan sus propios problemas sin la injerencia de la perniciosa política.

En una reunión de cierto consejo obrero, cuando unos trabajadores reclamaban el abono de ciertas cantidades que los marxistas que hoy dominan en él, les adeudan, surgió otro «político».

—Esas reclamaciones están fuera de lugar. Ahora hay que ganar la guerra. Claro que la respuesta puso

fríos a los componentes del juvenil comité obrero del taller de referencia.

—Y teniendo esas magníficas pistolas, dijo uno de los reclamantes, y esos vistosos uniformes, ¿cómo estáis aquí oponiéndose a que se nos paguen unos jornales en lugar de estar en el frente?

Mando único y ejército único

Al aparecer esta nueva consigna, parece que se ha descubierto la piedra filosofal de la guerra, y nada más lejos de la realidad.

El mando único, para nada necesita el Ejército único, pues se puede dar el caso de tener que coincidir en un combate por serie de operaciones estratégicas, elementos de los Ejércitos de mar, tierra y aire, que pertenecen a distintos Ministerios y tienen doctrinas y procedimientos propios, y sin embargo, están sometidos a la dirección y mando único del más antiguo de los jefes de las fuerzas de mar, tierra y aire. Actualmente se batien en las mismas columnas Guardias Republicanos, Guardias de Asalto, Carabineros y tropas de Ejército y a nadie se le ha ocurrido meterlos en el mismo Ejército. En la guerra europea, de que tanto se ha hablado, la mayor parte de las veces sin venir a cuento, a nadie se le ocurrió hacer un solo Ejército con el Ejército inglés, el belga, el norteamericano y el francés. Tampoco se les ocurrió a los americanos absorber a los canadienses, ni a los alemanes unificar los Ejércitos de Prusia, Baviera, etc., etc., en un solo Ejército. Y sin embargo, en todos los Ejércitos existió el mando único.

Hitler, a los cuatro años de tener el Poder, todavía no ha disuelto los Batallones de Camisas Pardas, y Mussolini mantiene en pie su Ejército de Camisas Negras, mucho más numeroso que el Ejército regular. Únicamente en Rusia, México y Turquía, que tienen un solo partido político, una sola central sindical y un Ejército revolucionario, que interviene en la política con los mismos derechos ciudadanos que todos los militantes políticos y sindicales, se verifica el hecho, que el Ejército sea único. Pues, incluso en los países capitalistas, cuando son intereses opuestos o divergentes, cada cual conserva la independencia o por lo menos autonomía de su elemento armado. El ensayo de un Ejército único, apolítico y con subordinación hermética, lo hizo D. Manuel Azaña y su resultado fué el nacimiento de la política militarista, el anti-Estado, que ha producido la hecatombe que vivimos.

En nada perjudican al mando único las Milicias, disciplinadas a sus doctrinas respectivas durante la guerra; y al terminar la guerra, Ejército Nacional, con plenos derechos políticos y sociales, pero que no puedan ser: ni electores, ni elegibles, ni enclavables.

Los que hablan a todas horas de disciplina...

Una banda de “gansters” se dedica a secuestrar a militantes de izquierda

¿Puede la Junta de Defensa tolerar la actuación de estos malhechores cubiertos con el nombre de un partido?

Se sigue hablando mucho de los incontrolables. Y se habla de incontrolables, precisamente, por quienes son los auténticos incontrolados. Nosotros no podemos pasar en silencio este hecho. Ni podemos, tampoco, silenciar los sucesos extraordinarios y delictivos realizados en los últimos días por quienes quisieran que la responsabilidad de cuanto ocurre o pueda ocurrir recayese sobre nuestra organización confederal.

Es el caso, probado hasta la saciedad, que en Madrid funciona actualmente una banda—que no de otra manera podemos calificarla—que se dedica a secuestrar militantes de partidos y organizaciones de izquierda. Dicha banda lleva hasta ahora, a ciencia y paciencia de quienes pudieran y debieran impedirlo, realizados de treinta a cuarenta secuestros. No queremos saber si algunos de los secuestrados han sido fusilados ya. Si afirmamos que la vida de todos ellos corre inminente peligro y que hemos de salvarlos, pase lo que pase y opóngase quien se oponga.

Conste bien, para anticiparnos a capciosas interpretaciones, que la mayoría de los detenidos no pertenecen a la C. N. T. Son hombres afiliados a partidos políticos de izquierda, especialmente socialistas, que en los frentes de combate—y no en los cómodos refugios de la retaguardia—adquirieron prestigio y relieve como revolucionarios auténticos. Todos ellos, sin embargo, han sido detenidos y secuestrados sin orden oficial de ningún género, sin autoridad de ninguna clase para efectuarlo, y continúan detenidos a la hora en que trazamos estas líneas. Las autoridades competentes, las únicas legítimas, tienen ya denuncia clara y concreta de estos hechos. Pero siguen cruzadas de brazos, en actitud cuyo calificativo forzosamente había de ser excesivamente duro en nuestros labios.

Estas detenciones, estos secuestros mejor, son ordenados, según nuestra información veraz e indiscutible, por el Comité Provincial de cierto partido que ni es republicano, ni pertenece a las organizaciones socialistas o cenetistas. Un grupo de individuos, a las órdenes de un tal Santiago Alvarez (a) «el Santín» y de otro individuo llamado Trigo que se hace pasar por jefe de Estado Mayor, realizan los secuestros de quienes les parece. Los secuestrados se encuentran unos en el barrio de Entrevías, otros en la calle de Francos Rodríguez y muchos en las de Goya, 21 y España, 17.

¿Cómo es posible que estas detenciones puedan efectuarse? ¿Cómo es admisible que puedan mantenerlas e incluso dictar penas severísimas contra los detenidos quienes no tienen autoridad para hacerlo y constantemente invocan una disciplina a la que son los primeros en faltar de una manera descarada y abierta? No somos nosotros los llamados a dar respuesta a estas interrogantes. Sólo podemos afirmar que en Madrid existe una banda de secuestradores, una partida de «gansters» incontrolables con los que necesitamos terminar, sea como sea y cueste lo que cueste.

Un dato claro y concreto podemos aportar en apoyo de nuestra afirmación y en prueba de que estos incontrolables son los mejores elementos con que puede contar en Madrid la quinta columna famosa de Mola. Entre los secuestrados por estos malhechores se encuentra el comandante del batallón Heredia, José Mencía. Este comandante, socialista antiguo, ha luchado con heroísmo admirable en todos los frentes de combate; desde el mismo 17 de julio peleó al lado del pueblo. Sin embargo, es posible que José Mencía sea fusilado por quienes le han secuestrado, si no se pone remedio rápido a sus maniobras criminales y fascistas. Igual que José Mencía hay otros varios jefes y oficiales del ejército del pueblo, hay numerosos ciudadanos antifascistas. Nosotros tenemos que llamar desde aquí la atención de la Junta Delegada de Defensa y del pueblo antifascista. ¿Puede tolerarse la actuación delictiva y criminal de los elementos fascistas encuadrados en un partido político, de la banda de secuestradores que actúa por cuenta propia sin tener para nada en cuenta—o mejor, teniéndolo demasiado en cuenta—que los secuestrados son hombres de utilidad extraordinaria para el antifascismo en armas? La Junta Delegada de Defensa tiene la palabra. Pero si no sabe poner coto rápido y enérgico a estos crímenes intolerables, tendremos de ser nosotros, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo, quienes, por nuestra cuenta, impidamos la continuación de actuaciones delictivas que sólo a Franco y Mola pueden llenar de regocijo y satisfacción.

18-2-37

Nuestras consignas están reflejadas en nuestros hechos. Lanzar una consigna y hacer lo contrario es una falta de honradez.

Ayuntamiento de Madrid

Acábense ya las diferenciaciones suicidas que debilitan nuestra fuerza común en provecho de nuestros enemigos.

La osadía de los neo-fascistas se manifiesta más cada día alimentada por nuestra desunión.

frente libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.- Tel. 58653

Política internacional

La política de "no intervención" sigue tocando la gaita

No vamos a rectificar nada de lo que hemos dicho hasta aquí con respecto al crédito que nos merece la política de «no intervención». Aunque, si fuéramos ingenuos, tendríamos motivos para despertar nuestra confianza.

Ha vuelto a hablar el Sub-Comité de «no intervención». ¿Y qué ha dicho? En concreto, nada. Sólo ha recomendado que se ponga en vigor la aplicación del plazo de control de los mares hispano-portugueses y de las fronteras españolas para el próximo día 6 de marzo. Nótese bien que no es un acuerdo, sino una recomendación. Y, además, recomienda que, a partir del día 20 de este mes, cesen los envíos de voluntarios a España y que salgan del territorio español todos los voluntarios que actualmente luchan. Nada más que recomendaciones. Acuerdos firmes, ninguno.

¿Y qué ocurre mientras tanto entre bastidores? Lo inevitable. Que mientras en Londres, a la sombra de la impotencia armamentista de Inglaterra se intenta justificar una actuación absurda y tendenciosa, que nosotros podemos calificar sabiamente de catastrófica para todos los países pseudo-democráticos de Europa, en París la gente se agita y la diplomacia francesa maneja notas y más notas, algunas de ellas de carácter bélico de matiz muy acusado.

A nosotros se nos ocurre pensar, conociendo ya bastante la cazarería de la diplomacia inglesa, si el plazo concedido a título de recomendación para que entre en vigor el plan de control, no tendrá otra significación oculta que bien podría ser interesantísima para la causa del pueblo español. Teniendo en cuenta que hace ya más de una semana que el Parlamento inglés ha votado una consignación para armamentos de ejército territorial que asciende a la fabulosa consignación para armamentos de ejército territorial que asciende a la fabulosa suma de 20.000 millones de pesetas, es de suponer que el Gobierno inglés se hallará ya en esa fecha dispuesto y organizado para enfrentar sus fuerzas con cualquier país fascista que sistemáticamente provoque y altere el orden geográfico de Europa.

En este caso, de confirmarse nuestra suposición, el panorama del mundo cambiaría sensiblemente. Porque Francia es de suponer que no se quedaría atrás en su intervención contra los países fascistas. Ya ha dejado entrever que el Gobierno francés estaba dispuesto a enviar a nuestros frentes dos divisiones del ejército francés para venir en nuestro auxilio si los italianos no cesaban en su política de ocupaciones militares.

Es más bien posible que esta actitud de Francia haya animado a la cobarde postura del Gobierno inglés, que habiendo perdido el pulso en un momento de su vida a través de los largos siglos de dominación colonial, se sentía desequilibrado a tal punto que no daba pisada segura ya en el pleito de España. Y como del pleito de España dependen muchas cosas en el porvenir inmediato de la política internacional, de las que más afectados que nadie estarían Inglaterra, Francia y Rusia, se revela de una necesidad irremediable que estos tres países se dediquen a conjurar los graves peligros que les amenazan.

Porque, además, sería una gran torpeza creer en las palabras de Hitler y de Mussolini, que en las propias barbas de los diplomáticos ginebrinos, han manoseado los tratados internacionales como trapos viejos. Los hechos, los actos cometidos por las fuerzas de Hitler y Mussolini son más elocuentes que las palabras. Y es evidente a todas luces que Alemania e Italia, en la ocupación sobre España están tomando importantísimas posiciones y lugares que constituyen serias amenazas para los tres grandes países democráticos de Europa.

Nótese que siempre hemos acertado en nuestros vaticinios. Aguardemos la llegada del 6 de marzo próximo y seguramente veremos descender el velo de la trama que entre bastidores se está llevando Inglaterra, con sorpresas que nos han de ser gratas. Pero ahora como siempre confirmamos nuestra tesis sobre este particular. Si Inglaterra y Francia intervienen en nuestro favor frente a los países fascistas, no será para defender nuestra libertad y nuestra independencia; vendrán aquí a batirse en nuestro suelo para asegurar la independencia de sus colonias y la propia independencia de sus territorios nacionales.

QUISICOSAS

LA MARAVILLA DEL MUNDO :—: :—: :—:

Siempre tuvimos cierta propensión a confundir Madrid con esos sombreros de copa de los prestidigitadores que, sin tener nada dentro, están llenos, a veces, de cosas abigarradas y sorprendentes.

Ahora, aquella propensión se ha convertido en idea fija. Y solemos preguntarnos: ¿A qué prestidigitador acabará perteneciendo esta hermosa chistera que es Madrid?

Hay un partido pequeño, bien empujado de técnica revolucionaria importada de ese país que ahora nos envía ciertos graciosos salchichones; es en realidad muy poquita cosa, pero acostumbra a pisar fuerte y a dar patadas en la espinilla a otros partidos mayores que él. Cuando nos le echamos a la cara dijimos: ¡He aquí el Napoleón de los prestidigitadores! Y nos dimos a observarle de cerca. ¡Qué arte el suyo para la prestidigitación y el escamoteo! De un par de barriles de escabeche le hemos visto sacar todo un ejército de soldaditos que se batían con su propia sombra. Un día se le ocurrió decir al «amanda más»: «Que me traigan Comisarios para ganar la guerra». Y al punto se presentó él con una colección de Comisarios mecánicos y se quedó con todas las credenciales. Pero lo que más nos ha gustado de todo es el truco de las banderitas. En realidad, es cosa inocente, puesta en práctica para tranquilizar a los pacíficos vecinos que todavía no han tenido medio de poner pies en polvorosa. Veamos que es ello: Tienes una calle

cualquiera, de esas que no desean llamar la atención por miedo a los obuses. Se hace con ella, la llena de músicas y adolescentes gallardos y fusiles de madera y cuando estás quedándote boquiabierto con tanta marcialidad, abre la caja de las sorpresas y suelta una, dos, un centenar de lindas mozueltas tan cargaditas de banderas que uno las toma por barcas empavesadas... Sientes entonces el júbilo de la victoria y te dices: «el día que a este tío le dé por ganar la guerra no va a haber Cristo que se lo impidan. Y seguro de que todo está resuelto, te vas a casa a dormir a pierna suelta, mientras ese Napoleón de los prestidigitadores se entretiene en poner chinillas en medio de la calle para que los demás partidos tropiecen y se rompan la poca crisma que les queda.

CUANDO «FRENTE LIBERTARIO» ASEGURA QUE EL PROBLEMA DE ABASTOS NO SE RESUELVE NI SE RESOLVERÁ NUNCA CON LOS PROCEDIMIENTOS QUE VIENEN EMPLEÁNDOSE, LA REALIDAD EN FORMA DE COLAS INTERMINABLES, ESPERANDO EL AMANECER, LE DA PLENAMENTE LA RAZÓN.

GRÁFICAS NACIONAL.- Abascal, 4

Del 9 largo

Plagiaremos a Unamuno.

Hay una «banda» que se dedica a detener gente.

De «detener» viene «detente». Y la palabra «detente» la hemos visto muchas veces en los escapularios fascistas.

Advertimos a esta «banda de lince» que si ya no hay guardias civiles que persigan a las «bandas», hay instituciones lo suficientemente oficiales y fuertes para meterlos en cintura.

Menos mal que nosotros no hemos creído nunca en los arrumacos y en las afirmaciones de quien no hace más porque no tiene fuerza.

A pesar de todos los pesares, a pesar de quien pone todo su empeño, que es bien poco, en estorbarlo, la unión de los trabajadores es un hecho.

¡Pero, fijados bien, de los TRABAJADORES!

¿Qué cosa más peregrina, que los anarquistas tengamos que decir a los «coleccionadores de disciplinados»: ¡Disciplina, camaradas, disciplina!

Los confederados estamos en nuestro sitio y dispuestos a ir donde sea preciso.

Sin mala intención

VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿Es cierto que a un comunista o nuestro, detenido «arbitrariamente», después de interrogarle con frases despectivas en la Dirección General de Seguridad, le han puesto en libertad «previo pago» de cien pesetas?

¿Es cierto que el papel de multa por «desobediencia» (no desobedeció a nadie) está firmado por un tal Cazorla?

¿Es cierto, también, que de continuar por el camino de atropellos que se está iniciando, se producirá el choque que parecen provocar los que se creen «coleccionadores de disciplinados»?

Revolución Social

Esbozo de la misión de los Consejos de Delegados de Obreros Soldados y Campesinos (Soviets) durante los años 1 y 2 de la Revolución Rusa. (1917-18)

El trabajo que publicamos a continuación es el primero de una serie que nuestro compañero Worobioff ha escrito sobre los primeros organismos rectores de la Revolución rusa, que en los momentos actuales son de un gran interés para el pueblo español.

La Revolución rusa, comenzada en marzo de 1917 y aún no terminada, no fué, hasta la implantación de la Dictadura del Proletariado, obra de uno o varios partidos, sino el resultado de la acción coordinada de la totalidad de las masas laboriosas de obreros, artesanos, campesinos, intelectuales y soldados que componían los efectivos armados del país en guerra.

Los trabajadores de campos y ciudades forjaron, para realizar la labor primordial de la Revolución, una herramienta adecuada a la misión impuesta por la Revolución rusa: los Consejos de Delegados Obreros, Soldados y Campesinos (Soviets).

Cuando el zarismo se derrumbó, a causa de la podredumbre que le corroía, no existían organizaciones obreras o campesinas. Todas las agrupaciones socialistas, sindicalistas o anarquistas eran ilegales y el solo hecho de pertenecer a alguna de dichas organizaciones, aunque no se cometieran actos considerados delictivos por los Tribunales, autorizaba a la policía zarista para deportar a Siberia por un mínimo de dos años. Declararse en huelga estaba prohibido y los agitadores incurrian en un delito penado con cinco años de cárcel como mínimo. Cada huelga era un pretexto para que toda clase de represalias contra la clase obrera, en la que la policía y las tropas encargadas de defender el orden público, no vacilaban en servirse de las armas contra la población indefensa.

Los únicos organismos que no se consideraban totalmente desprestigiados a los ojos de las masas laboriosas, eran: «La Duma», aquella famosa caricatura de Parlamento elegido por el voto restringido. (Directo por la nobleza y gran burguesía y en dos grados por los obreros artesanos y campesinos. Este Parlamento no tenía más derechos que el de someter a la benevolencia del Zar los proyectos que había votado, o que desaprobaba un acto determinado de un ministro, sin que por eso cambiase lo más mínimo la situación del Imperio ruso.

Los Municipios, elegidos por la alta burguesía, propietarios de fincas rústicas y urbanas y representantes de las corporaciones de artesanos. Finalmente existían los «Zemstvos», especie de Diputaciones Provinciales, elegidos por el mismo sistema que «la Duma», o sea, por la nobleza, alta burguesía, terratenientes y campesinos. Este organismo tenía como misión, resolver las cuestiones de conservación de escuelas y hospitales, adoptar medidas beneficiosas para la agricultura, bajo la vigilancia recelosa y vacilante de la administración zarista.

Casi todos los militantes de los partidos socialistas y grupos anarquistas estaban deportados, encarcelados o emigrados al extranjero, especialmente los que se habían pronunciado contra la guerra.

La guerra creó graves dificultades a la propaganda revolucionaria y organizadora de sociedades de resistencia entre los trabajadores, por haber dividido las organizaciones socialistas y anarquistas sobre la cuestión de por o contra la guerra, por haber arrancado a sus hogares a toda la población para enviarla a los mataderos de los campos de batalla y finalmente por las medidas excepcionales y suplementarias adoptadas por la policía.

Al estallar la Revolución, únicamente tenían representación el Parlamento, los Municipios y Consejos rurales (Zemstvos), la alta burguesía y la nobleza que trataron de recoger los poderes caídos de manos del zarismo pretendiendo reducir la Revolución a una transferencia de poderes al Parlamento para proseguir la guerra en provecho propio. Lo más sorprendente en este ensayo de yugular la Revolución es que los representantes de la burguesía radical y de los intelectuales moderados, miembros del Partido Democrático Constitucional, eran los más esforzados defensores del régimen monárquico, cuyo mantenimiento propugnaban. Ante el empuje de las masas laboriosas, tuvieron que ceder y dejar la cuestión para que la resolviesen las Constituyentes prometidas a las masas laboriosas.

Mientras tanto, el pueblo, harto de la vergonzosa explotación de que le hacían víctima los nobles, los terratenientes y fabricantes y negociantes de productos de primera necesidad aspiraba a terminar la guerra que agravaba su situación material, aumentando en cambio los privilegios de las castas dominantes.

El campesino quería la tierra, de la que los nobles le habían desposeído, los obreros deseaban mejorar sus condiciones de trabajo, y los intelectuales afectos al pueblo aspiraban a realizar sus deseos de Libertad y Justicia Social. Para conseguir estas aspiraciones fueron creados los Consejos de Delegados Obreros, Soldados y Campesinos (Soviets), cuya labor primordial fué la de agrupar a los trabajadores en rebelión que se hallaban dispersos por la inexistencia de organismos sindicales. Otra de sus misiones era la de vigilar al Gobierno provisional y obligarle a tomar las medidas conducentes a la democratización del Ejército y a la de mejorar las condiciones materiales del trabajo, asegurando a todo el mundo el goce de las libertades de palabra, de reunión, manifestación y huelga.

(Concluirá.)